

Hernán Lara Zavala: Entre dos penínsulas

Vicente Francisco Torres

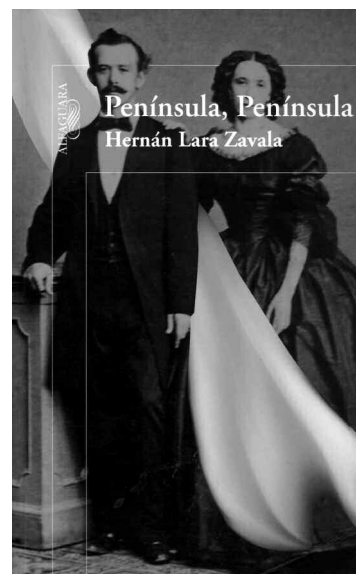
Desde sus inicios como narrador, Hernán Lara Zavala se sintió atraído por dos polos: el sureste regional (*De Zitilché*, 1981) y el cosmopolitismo cristalizado en los cuentos de *El mismo cielo* (1997). Este fenómeno no ha sido extraño a la literatura mexicana reciente, tal como observamos en las obras de Rafael Bernal, Sergio Galindo, Eraclio Zepeda y Felipe Garrido. La atracción que la tierra de sus padres (vale decir, su patria chica) ejerce sobre Lara Zavala, se manifestó con especial contundencia en su primera novela: *Charras* (1990). *Península, península* (2008), que le ha dado ya dos reconocimientos significativos, representa no sólo su obra más ambiciosa, sino la que puso a prueba todas sus herramientas de escritor y la que marcó la vuelta, más entrañable y minuciosa, a las raíces originarias que ha visitado desde su infancia como quien va y desentierra las reliquias que determinaron la mitad de su visión del mundo; la otra ha sido el estudio y vivencias de la cultura europea en general y de la literatura inglesa en particular.

Así como Sergio Galindo publicaba un libro, y otro, y otro más, pero en su cabeza seguía agazapada *Otilia Rauda* (1986), Hernán trajo su más reciente novela en la cabeza mientras publicaba otros libros, sobre todo *Viaje al corazón de la península* (1998), en donde entrega episodios y detalles que hoy encontramos en su novela doblemente galardonada (el enorme reloj importado de Europa para que todo el pueblo lo viera sobre su gran pedestal, el tío Emilio Lara, que consignaba en una libreta los nombres de las mujeres que poseía...). Fue necesario un largo proceso de maduración para que los recursos formales estuvieran suficientemente afilados para lanzarse a esta dilatada empresa. No era cosa de repetir los asedios

de la novela histórica y de la indigenista e indianista, ni de marcar nuevamente las huellas de Ermilo Abreu Gómez. ¿Cómo respetar el dato histórico sin coartar la imaginación? ¿Cómo utilizar la documentación tan dramática sin perder el equilibrio entre la solidaridad con los mayas y la descalificación maniquea de todos los descendientes de los conquistadores? La solución se basó en diversos recursos formales, en una imaginación dramatizadora y en varios asedios al eterno tema del hombre y de la literatura: el amor.

La novela se propone contar lo que conocemos como Guerra de Castas de Yucatán, que iniciara en 1847, cuando los descendientes de los pobladores originarios de la península, cansados de expoliaciones, imposiciones ofensivas como el derecho de pernada y las exigencias económicas de los curas y hacendados, decidieron eliminar a todos los blancos y descendientes de los conquistadores españoles. Fue un terrible baño de sangre que ha seducido a otros escritores con raíces peninsulares (Silvia Molina escribió, con ese tema, *Ascensión tun*, Martín Casillas, 1981), pero sobre el que Hernán quiso escribir para dar su visión de los hechos y recrear ese mundo en el que han transcurrido muchas horas de su vida.

En su novela aparece una institutriz inglesa, la señorita Bell, que lleva un diario en donde leemos información histórica sobre los mayas, la geografía y las costumbres de los hacendados. Hay también un escritor, José Turriza, que le da forma literaria a los hechos históricos de la rebelión y, además, es protagonista de los hechos. Y sobre las reflexiones y las páginas que Turriza escribe, está la voz del autor, quien habla mientras mira por encima del hombro las empresas del novelista. A la manera de William Faulk-



ner, varios capítulos llevan el nombre de los personajes protagonistas.

Lejos de las novelas indigenistas y criollistas, no hay descripciones de matanzas ni de selvas y ríos; sólo se informa al lector de lo que pasó y en dónde se mueven los personajes. Hernán se aplica en la construcción de sus criaturas, en el dramatismo de los hechos, en las paradojas de la vida o en la desmesura de los acontecimientos históricos. Hay dos aspectos admirables en la novela: la cantidad de personajes que pone en acción y la forma en que, con los recursos del folletón y la novela de aventuras, mantiene el interés del lector. Cierra un capítulo en un momento de interés y retoma otro que había quedado pendiente con la misma intensidad.

En la novela hay personajes notables (Turriza, Lorenza, María), pero ninguno como el médico irlandés Fitzpatrick (un alcohólico que nos trae ecos de Evelyn Waugh, Graham Greene y Malcolm Lowry) y su perro Pompeyo, un entrañable animal que cuidaba a su amo en lo más profundo de las borracheras y del *delirium tremens* y le cargaba el maletín con el hocico. Precisamente la separación de estos dos personajes es el momento climático de la novela, mismo que refrenda el aforismo de que el perro es el mejor amigo del hombre.

Los hechos narrados y algunas páginas semiensayísticas dan fe de los acontecimientos históricos, pero la mano de Lara Zavala destaca que aquella guerra terminó después de varios años, cuando, una vez acabada la guerra con Estados Unidos, el cen-

tro mandó soldados y el más aguerrido de los líderes, Cecilio Chi, fue asesinado por un lío de faldas; los mayas se olvidaron de las escabechinas porque ya era hora de volver a sembrar la tierra. Sin embargo, las luchas continúan, ahora por ambiciones políticas de los ladinos, y prolongan las calamidades de los habitantes de la península de Yucatán. Es aquí donde destaca el trabajo literario del autor porque, sobre los hechos bélicos, levanta la sensualidad de María, la ex amante del juez, que se va como amante también de Cecilio Chi y que, al morirse de hastío, sonsaca al secretario del líder guerrero y empuja a su nuevo amante al crimen y propicia su misma muerte y la del secretario. Lorenza y Genaro Montoro, su esposo, protagonizan una historia semejante a la que cuenta Dashiell Hammett en una de sus célebres novelas: Genaro sabe que lo dan por muerto y decide iniciar una nueva vida en Belice, con otra mujer. Pero el gusto le dura poco y vuelve, derrotado y con una pierna menos, en busca de Lorenza quien, con entereza y atendiendo a sus sentidos, se ha unido ya a Turriza, quien obtiene así la paz para escribir su novela sobre la Guerra de Castas, misma que los rebeldes queman y Hernán insinúa es la que él reconstruye.

Las reflexiones de José Turriza sobre su trabajo y sus temas apartan a la novela de las corrientes literarias de antaño (aunque Hernán no deja de rendirles tributo con el episodio chamánico y la consignación de los mitos de aparecidos) y, los apuntes en donde Hernán consigna algunas cosas que no dijo el novelista dan fe del proceso autorreflexivo que coloca a esta novela en la modernidad:

Pluma y computadora han corrido inadvertidamente muchas páginas. Es hora de que nos concentremos en el carácter, vida y pensamiento del novelista, que se ha movido como un fantasma a través de esta historia peregrina y cuya pregunta constante, mientras concibe y escribe su novela, ha sido: ¿cómo procesar tantos detalles y tantas anécdotas dentro del enorme alambique de la realidad para que el producto de la destilación posea la intensidad, transparencia, carácter y sabor de la vida? La empresa no es fácil por lo complejo de los elementos y el

asombro del escritor ante todo lo ocurrido durante esos aciagos años de guerra; no le ha quedado más remedio que la asidua y disciplinada labor de la escritura con el fin de imprimirle continuidad y coherencia a su historia. El novelista sabe bien que la constancia y dedicación no garantizan que el escritor logre lo que se propone, pero le ofrecen, al menos, el consuelo de reflejar la decidida voluntad y el afán empeñoso indispensable para fijar el mundo que intenta evocar. Ahora debemos adentrarnos un poco en su manera de pensar, en su posición personal ante todo este embrollo en el que se halla inmerso como ciudadano del siglo XIX.

Dije al principio de estas líneas que Hernán quiso dar su visión sobre la llamada Guerra de Castas, y ello no es una cosa menor. La institutriz inglesa se conduele de los sufrimientos de los indígenas, el escritor Turriza va a la historia para rastrear los orígenes del conflicto, que no se reducen a la explotación y al esclavismo, sino están también en la destrucción de los códigos y los antiguos dioses que los clérigos perpetraron para borrar los vestigios de la civilización maya. La visión de Lara Zavala busca un equilibrio: los mayas sí fueron vejados, pero no todos los criollos y mestizos se ensañaron. Así, da cuenta de algo que no es muy conocido entre los habitantes del centro de nuestra república:

Yo me llamo Hernán porque en mi familia —en la península de Yucatán— no existe el sentimiento antiespañol que se percibe en otras regiones del país: el odio a los conquistadores. Como caso extraño en toda la república, en Mérida la calle principal lleva el nombre del conquistador Francisco Montejo. Se trata de un mestizaje mejor integrado.

Si retomamos la figura del doctor Fitzpatrick, él también aporta su visión sobre la guerra. Se trata, en primer lugar, de su construcción como personaje, claro está, pero esa visión no está reñida con la desolación que invocan los acontecimientos; su alcoholismo y su desarraigo se deben a que, como irlandés, siente que los ingleses lo des-

pojaron de muchas cosas, por eso va de un lado a otro, colocándose en situaciones en donde el despojo y la lucha tienen lugar. Como en tantas guerras, siempre hay alguien que hace negocio con la muerte del prójimo. En la Guerra de Castas, los ingleses establecidos en Belice vendían armas a los mayas para que exterminaran a los blancos. De este modo, *Península, península* se coloca junto a otras obras en donde los personajes se mezclan e interactúan en suelo beliceño y/o guatemalteco, como *Caribal* (1944) y *Trópico* (1946), de Rafael Bernal, o *Guayacán* (1953), del olvidado narrador Virgilio Rodríguez Macal, quien en los mejores momentos de esta novela alcanza unos fastos prosísticos como los de su paisano Luis Cardoza y Aragón.

Península, península da cuenta de una guerra que tuvo por escenario nuestro sureste, pero deja constancia de que se comprenden los actos que la historia y la complicada naturaleza humana dictaron a los hombres llegados de España. Hernán se sabe descendiente de hacendados y dueños de caribales; sus ancestros hicieron dinero con el chicle y con el ganado, pero también conocieron las quiebras y los derrumbes totales. Sin embargo, tal parece que el desgarramiento entre el mundo indígena, que lo dotó de una cultura, y sus raíces blancas (la expresión “casta divina” nos echaría encima una connotación excesiva) fueron una especie de obsesión que llegó a manifestarse de este modo tan elocuente, que no ignora los privilegios de sus mayores, pero no olvida que, también, fueron producto de las circunstancias:

Pienso también en el contexto en el que vivieron mis antepasados frente a la población indígena. No los justifico pero alcanzo a entender por qué actuaron como lo hicieron [...] En México se requiere cada vez más de un gran espíritu de tolerancia que nos permita observar la historia críticamente pero sin rencor. Este viaje me hermana emocionalmente con los pueblos indígenas de la península y me lleva a pedirles perdón a nombre de mi sangre.

Ésta es la razón de tanto empeño, de pensar y repensar la península de Yucatán... y también la ibérica. **U**